



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12730

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptes.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 18 DE ABRIL DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Mala suerte

La que acompaña a las armas de Rusia en el Extremo Oriente no puede ser peor. En cambio no puede ser mejor la que asiste a los marinos japoneses. La primera ha visto perderse definitiva o pasajeramente la mitad de su escuadra. Los segundos han visto achicarse de un modo notorio las fuerzas de guerra sin merma ninguna de las propias.

Es verdad que el almirante Togo tiene el santo de cara. En ataque por demás diáfano en cuanto a corrección y buenas prácticas de guerra, abrió campaña contra Puerto Arturo, é inutilizó tres buques enemigos sin que los de su mando sufran nada. Después y mediante un ardor constante enajado de eufemismos y sorpresas, introdujo la confusión en los contrarios hasta reducir los enormes elementos de defensa de que disponían al principio de la lucha a su mínima expresión.

Con sobrado fundamento dicen los periódicos de todos los países que siguen con interés la guerra, que lo más valioso que ha perdido Rusia en Puerto Arturo ha sido Makharoff. «Valla por una es una» se ha dicho; y efectivamente, si la escuadra rusa se ha movido a impulsos de una voluntad firme é inteligente al par, ha sido en tiempos de su mando.

Lo ocurrido no puede constituir una sorpresa para nadie, por que estaba previsto. Hace algún tiempo, a raíz de ser nombrado Makharoff almirante de la escuadra del Extremo Oriente, publicó un periódico madrileño una entrevista de un corresponsal con un marino de la armada italiana que conocía al marino moscovita. Y en aquel escrito, que vio la luz con el epígrafe *Cervera y Makharoff*, se

decía que éste, como aquél, estaba destinado a ser víctima de ajenos errores, pues ni por su temperamento ni por el deber que estaba de levantar el espíritu de sus subordinados, había de rebuir los enredos con que le brindaran las fuerzas del Mikado.

Y así ha sido: desde que se encargó del mando de la escuadra, surcaron las quillas de los barcos rusos el Mar Amarillo, vigilándolo todo, buscando ocasiones en que hacer proezas, procurando encuentros cuando la ocasión era propicia, impidiendo la operación emprendida por Togo hace dos meses de cerrar el puerto.

«Tanto va el cantaro a la fuente que se rompe al fin», dice un refrán que hoy tiene aplicación al almirante en quien Rusia creía y esperaba. Se movió tanto, de tal modo derrochó los arreos, tanto prodigó su deber de levantar el espíritu de los marinos que mandaba, que ha sido víctima de esa obligación.

El marino italiano no se ha equivocado. Sus palabras consignadas en la entrevista *Cervera y Makharoff*, publicada por «La Correspondencia» y reproducida por El Eco, ha sido como una profecía de lo que ha ocurrido después.

¿Qué ocurrirá mas tarde? El valor de esa incógnita ha quedado a la resolución de las tropas de tierra. Son numerosísimas; pero... es tan mala la suerte que acompaña a las armas de Rusia...

FUERETAZOS

Dicen de Madrid:

«Se gestiona por importantes personalidades que durante la permanencia del rey en Cádiz se ponga la quilla para construir dos nuevos buques de guerra en el arsenal de la Armada.»

«Dos nada más!»

Y a Cartagena que la parte un rayo.

Sin duda estos obreros son de distinta condición y no necesitan ganar el jornal.

Si los gaditanos logran construir esos buques quedarán de manifiesto dos cosas.

Que había privilegio.

Y que la célebre junta de defensa había servido para menos que nada.

Que ya es no servir.

Desde el momento en que se mide a todo el mundo con el mismo rasero hay que conformarse con los malos resultados.

Se trata del telégrafo.

Vorán ustedes:

El gobernador de Valencia telegrafió al de Barcelona diciéndole que en un buque del Grao salió un anarquista de acción para el puerto de Barcelona.

Recibir el gobernador el despacho y dar las órdenes para la detención fué todo uno.

Pero no contó con la huéspeda.

¿Qué huéspeda?

Que el telégrafo anduvo ese día peregrino y cuando llegó la noticia hacía veinticuatro horas que había llegado el vapor.

En cuanto al anarquista ¡claro está! Cuando fueron en su busca allí estaba el sitio.

Después de leer esto hay que resignarse a padecer los palitroques y los hilos de ese armatoste que llaman telégrafo.

¡Pero qué malo es!

DESDE MI BALCON

LOS ANUNCIOS

La animadísima calle del Conde de Romanones se ha embellecido con la restauración estética de la Agencia de anuncios «Los Tiradores».

Nunca se ha visto en Madrid una apostosis de lo que constituye uno de los elementos más poderosos de la vida moderna como el que ha realizado esta Casa.

El anuncio ha existido siempre, y se ha desarrollado en las instituciones más poderosas de la Iglesia, por medio de las campañas de la Monarquía, por los heraldos; los ayuntamientos por los pregoneros.

El matrimonio, uno de los actos más trascendentales de la vida, hay que anunciarlo por medio de tres solemnemente armoniosos títeres, hechas en la mira mayor.

En los palacios Reales, las palmas de los gentiles hombres anuncian la llegada de los Reyes con su Corte. En las Audiencias y en el Supremo corren los afiches anunciando que van a constituir el Tribunal los

señores magistrados. En el Senado y en el Congreso anuncian los maceros que presten a los presidentes de las Cámaras que se va a abrir la sesión.

Todo se anuncia: las penas y los gozos, las penas con lágrimas, los gozos con risas. El cantar es el anuncio de las aficiones del alma, como las flores de los almendros son los anuncios de la primavera.

Las muestras de las tiendas, los letreros en los balcones, los carteles en las esquinas, son las gaitas de las grandes capitales, como las joyas son las de las damas.

La dama más opulenta es la que tiene más joyas; la ciudad más rica y floreciente, la que ostenta más anuncios en sus calles principales.

Por medio de los carteles se puede reconstituir la historia del Teatro; por medio de los anuncios, la del comercio.

La vida moderna sin el anuncio, no se comprende. Una estación de ferrocarril sin carteles anunciadores, sería la misma que una Catedral sin las magníficas vidrieras que tamizan la luz en variedad de colores.

El anuncio publica lo que trabaja la fábrica, lo que descubre el albañil, lo que el artista crea.

En la voz de la industria, el himno del comercio, la enseña del progreso.

El caballero de los antiguos tiempos que acudía al torneo ó iba a tomar parte en la batalla, llevaba en su escudo el lema que anunciaba lo que se proponía en sus empresas.

Y así como no se comprende el antiguo caballero sin escudo, no se comprende el comerciante moderno sin anuncio.

Los periódicos que más influyen en la opinión son los que tienen más anuncios, porque ellos son los que llevan a los hogares las noticias más interesantes de lo que es indispensable para la vida.

Para reconstituir la vida de los pueblos antiguos se buscan sus monedas y sus medallas. Ha venido después la colección de sellos. Para reconstituir la vida de un pueblo moderno, no hay más que coleccionar los anuncios de un periódico, que nos dicen lo que se produce, lo que se usa y lo que se vende.

El anuncio, para realizar cumplidamente su misión, tiene que presentarse con todos los atractivos del Arte, y esto es lo que ha hecho la Empresa anunciadora «Los Tiradores», engalanando su casa de la calle del Conde de Romanones.

KASABAL

LECTURAS INDIGESTAS

Está visto que no solamente se indigestan los alimentos mal condimentados, sino también las lecturas mal hechas. Ejemplo: el Caballero de la Triste Figura.

El buen Don Quijote de la Mancha se enfrascó con tal ardor en los libros de caballería, que se pasaba las noches de claro en claro, y los días de turbio en turbio, leyendo de tanto leer... se le acababan los libros.

En aquella época los Esplandianes y Tirto Aluerras, Tirantes al Blanco y Amadis de Gaula, eran los grandes perturbadores del sosegado espíritu de los nobles hidalgos de gotera, y como todas sus filosofías se reducían a dar tajo y mandobles en defensa de las damas doloridas y de las doncellas desamparadas, todo lo más que podía acontecer era que algún gran mentecato como nuestro insigne desfachador de entuertos, se echase al campo lanza en ristre a cortar las aventuras caballerescas a cambio de tal linotornazo, como los que le propincharon los yanquises, ó algún encontronazo con el de los molinos de viento, ó peladillas de Alí-o-o, como las de los pastores, que le descompartaron la quinta.

Ahora, las indigestiones filosóficas-literarias perturbaban más los cerebros modernistas, sobre todo, si por mala ó ociosa alimentación gástrica, padecían de anemia, y faltos de calor y materia gris en vez de aceros, como el del hidalgo manchego, salían en líquido, ó como se dice ahora: se les volaban los sesos agua.

Ello es, que según el relato paródico, las lecturas indigestas exaltando al místico anarquista catalán, autor del atentado contra el jefe del Gabinete, lo han dirigido por los caminos de la misma género de locura, pero ya no gracias a la izquierda, que movió al fantástico manchego cuando por la fecunda imaginación del príncipe de nuestros ingenios, armando su brazo, no de la noble, tajante, y puntiaguda espada, que tantas glorias proporcionó en más felices tiempos a nuestros valerosos Quijotes, sino del cobarde y traidor puñal, cuya hoja brillante y cuya punta acerada, no pueden titilar libremente a los páros y limpios rayos del astro rey, sino que ha menester blandirse envuelto en oscuras gaudales ó negros trabajos, para ocultar su miserable elevosía y poder herir por sorpresa y a mansalva.

proponía alcanzar y por el que hubiera sacrificado gustoso toda su brillante existencia.

El mismo día 8 de Agosto de 1815 en que los dos sargentos habían entrado en París en busca de su general, el conde había salido a pie de paisano, y se dirigido del lado del jardín de Luxemburgo, después de haber cruzado las Tullerías. Había un lujoso cuarto en la calle Real, y todas las mañanas salía de este modo vestido como particular para ir al otro lado del Sena y recorrer las calles inmediatas a la iglesia de San Sulpicio y al Luxemburgo... ¿Con que secreto motivo?... Solo él hubiera podido decirlo y nadie en el mundo hubiera podido adivinarlo.

Llegó a la esquina de la calle de Pot de Fer, en el mismo instante en que los dos soldados disfrazados de campesinos se decidían a entrar en un despacho de vinoteca en la esquina de la calle de Vieja Combiere.

La vista de uno de estos hombres había hecho en el conde una impresión singular porque su rostro palidísimo de pronto se hizo un movimiento como para vivir de nuevo; más una reflexión rápida centuó aquel impulso y se adelantó para ganar a paso acelerado.

Al pasar por delante de la taberna oyó al de mas edad que decía al tabernero:

—¡Hola! tío Chopine, ¿podrías alojarnos hasta mañana a mi compañero y a mí?

El vendededor de agua fría, miró al que le interpelaba de aquella manera y la sorpresa que experimentó le hizo caer el jarro que tenía en la mano, y el líquido que contenía se derramó por el mostrador y de un salto se puso al lado de los recién llegados.

—¿Que si quiero recibirlos en mi casa, Charlot?...

—¿Pues qué más estás en la tuya?... Seas mil veces bien venido.

—El conde no oyó más y, pasando no lejos de plaza que llevaba en aquel momento, se metió en él.

—Unos cuantos de propina, amigo, si me pones en un cuartito de la calle Real, dijo cerrando el mismo la portezuela.

El auriga partió al trote de sus dos caballos é hizo un camino de ida y vuelta.

—¿Pues qué más estás en la tuya?... Seas mil veces bien venido.

—Menta inmediatamente en el coche que hay en la puerta.

—Está bien, monseñor.

—¿Que se le conduzca a la plaza de San Sulpicio y allí despidirás al coche... Aquel día, a que se haya marchado, a...

—Está bien monseñor.

—¿Que se le conduzca a la plaza de San Sulpicio y allí despidirás al coche... Aquel día, a que se haya marchado, a...